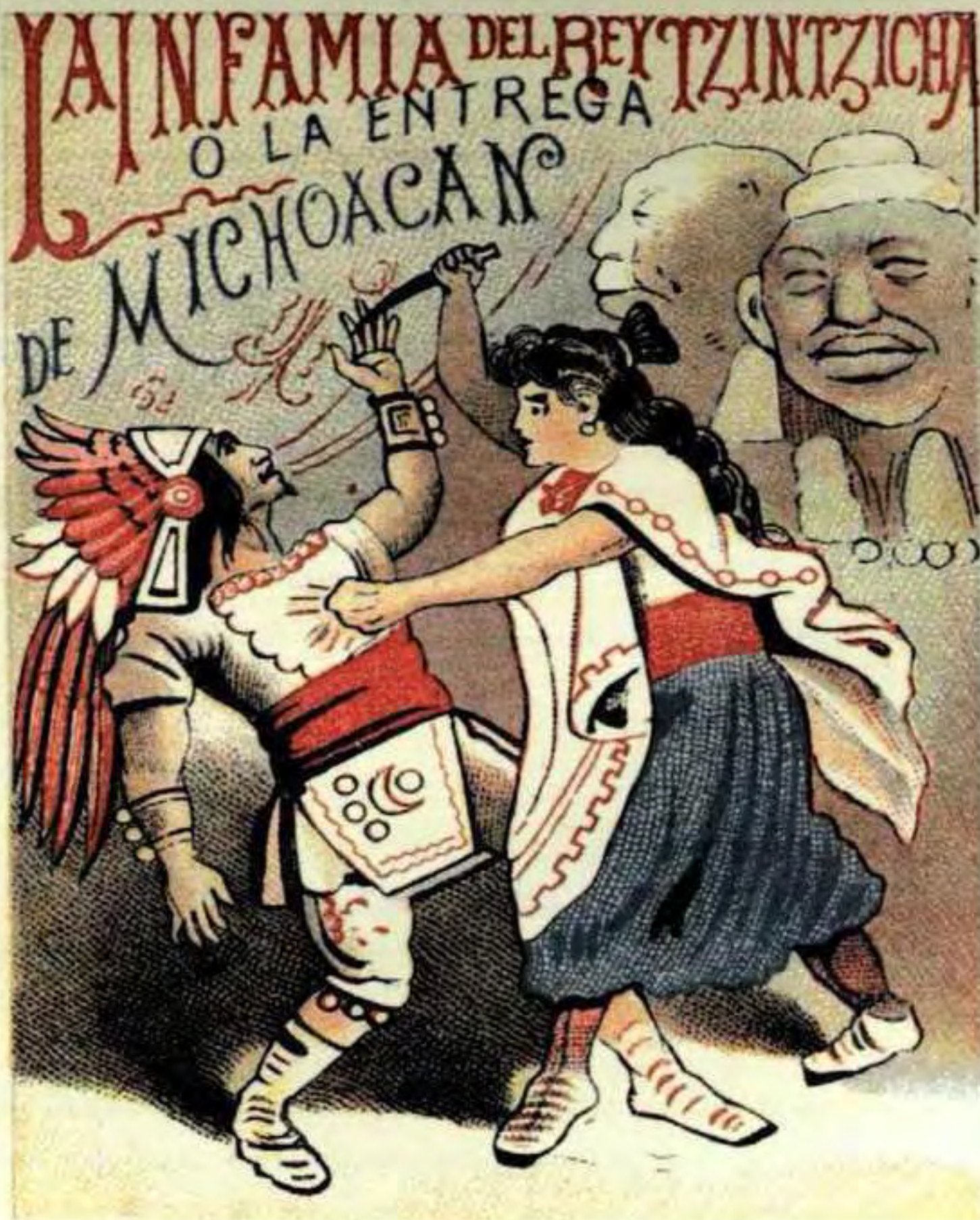


BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO



MAUCCI H^{OS} MEXICO

*** * * BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO * * ***
Tercera serie.—Después de la conquista

La infamia del Rey Tzintzicha

ó

La entrega de Michoacan

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—*Primera del Relox, 1*

1900

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.



La infamia del Rey Tzintzicha

ó

La entrega de Michoacan

Estamos, amigos míos, delante de una arboleda de un jardín bellísimo en *Coyoacan*...

¡Cuánta diversión y cuánta fiesta hay en aquellas rotondas que circundan la morada del conquistador de México, el palacio del capitán Hernán Cortés!

¡Hay alegres danzas; tocan músicas españolas; allá en largas mesas dispuestas debajo de las frescas arboledas, entre el perfume de las rosas y las auras que vienen de los bosques de las montañas del Sur!...

¡Cómo gozan los conquistadores de sus últimas conquistas tan fuertes, que ha sido cosa de niños acabar con las más importantes!



...¿Sabéis, amiguitos míos, de qué triste modo acabó para siempre la monarquía de los reyes de Michoacan?... ¿Sabéis cómo se hundieron para siempre sus dominios, sin la menor resistencia á los conquistadores?...

Fué una mujer embajadora; una terrible *tlaxcalteca*, que odiaba al rey *Tzintzicha*, de *Michoacan*, quien, jurando venganza al monarca porque le había arrebatado á la hija de su amor, á una lindísima joven que era tan bella que la fama de su hermosura sin rival había llegado hasta las lejanas regiones del señor de *Michoacan*...

¿Cómo se llamaba aquella lindísima doncella *tlaxcalteca*?

¡Llamábase *Mariposa de Luz*. Los sacerdotes de *Tlascatlan* la habían visto tan bella que creyeron que debía ser entregada al rey más poderoso de las cercanías de la República, —excepto, naturalmente, de México. —Habíani cavilado en esto muchos años, cuando los enviados del príncipe *Tzintzicha* caen una noche sobre la casa donde habitaba la bellísima doncella; la arrebatán de su hogar y huyen con ella escoltados por guardias suficientes que iban disfrazados... y que así atravesaron por los montes hasta llegar al palacio del príncipe...

—¡Quiero que seas mi esposa, oh, *Mariposa de Luz*! —gritó el gallardo joven *michoacano*. —He sabido que eras la más bella mujer de la tierra y te amé... ¡Serás reina!

—¡Nunca!... ¡Oh, nunca! —contestó la joven *tlaxcalteca*, que era efectivamente tan virtuosa como bella.

—¡Será por la fuerza! . .

—¡Jamás, jamás!—contestó la indomable *Mariposa de Luz* y rápidamente se arrojó sobre



Tzintzicha, le arrebató el puñal que llevaba y con él se precipitó colérica como una tempestad, hasta acribillar el pecho del príncipe... dejándolo después bañado en su propia sangre...

La valiente joven tlaxcalteca echó á correr por

los llanos; llegó á un lago inmènso donde permaneci6 vagando por sus desiertas orillas, comiendo los frutos que le proporcionaban las selvas magnificas; semidesnuda y tristisima, sin encontrar sér alguno humano que se compadeciera del infortunio de su heroismo...

En las noches se ocultaba debajo de las hojarascas, sin que las serpientes osaran morder su carne de heroica doncella que resistia á las acechanzas de poderosos enemigos...

En otras ocasiones y cerca de las montañas, alejándose del grandioso lago azul que parecia como un verdadero oceano, de olas tranquilas y de aguas frescas y dulces, se cerraba la vagabunda virgen en alguna cueva tremenda, sin que tampoco allí las bestias de aquellos desiertos ni lobos, ni *coyotes*, ni gentes del monte, ni tigres, ni leoncillos fuesen á turbar su sueño ni á profanar su cuerpo hermosísimo...

—¡Pobre Mariposa de Luz! cantaban á veces los pocos pescadores que se dirigían en sus barcas sobre los lagos del reino de Michoacan.

Era que poco á poco se fué sabiendo su historia...

Los mismos vasallos, los mismos servidores del cruel príncipe fueron contando el asalto y el rapto de la preciosísima doncella *tlaxcalteca Mari-*

posa de Luz, refiriendo también como ella con toda virtud, indignada, sublime y terrible desafiando el martirio, se había precipitado á salvarse, arrojándose sobre el puñal de *Tzintzicha*; para echar á correr luego, abriéndose paso á través de los guardias hasta penetrar por entre los montes, desapareciendo por fin, lanzando atroces maldiciones contra su verdugo y contra su reino traidor que abrigaba á tales principes déspotas...

Contaban muchos de los mismos soldados del cruel príncipe, que la doncella, al partir y dejar herido á su atrevido raptor, le había dicho con infinita cólera, con la solemne majestad de una maldición, de un anatema terrible:

—¡Ay de tí, príncipe cobarde que acudiste á la traición, á los empeños de una emboscada de viles ladrones para pasar á los terrenos de un país hermoso y libre, donde me amaban, no principes como los que son semejantes á tí, sino valientes ciudadanos... donde era mi amor, un gallardo general de guerreros que ha combatido contra los blancos que llegaron del Oriente vestidos de acero, viniendo en monstruos enormes, pero ágiles, y disponiendo de máquinas tremendas que vomitan rayos... ese amor mío, desalió á esos guerreros, que ya son dueños del imperio del Xuhhuac, ellos han sido vencidos por el príncipe compatriota mío,

por el bravo *Xicotencatl!*... ¡Ah! no importa que el capitán de los blancos, ingrato y cruel, falso á sus protestas y juramentos, haya sacrificado al príncipe de mi amor. ¡Ah, sí, no importa!... ¡No!... ¿Mas, sabes porqué hizo semejante abominación y cruel infamia?

¡Porque, él, el terrible caudillo de los blancos, vestidos de hierro, porque el vencedor de los invencibles mexicanos tuvo miedo del fervor mío, de mi adoración, de mi hermoso, valiente y gallardo *Xicotencatl!*

... Cuando supe que había sido muerto con tanta afrenta para los blancos y gloria para él, quedé contenta!... Yo, la *Mariposa de Luz*, sonreí, diciéndome: esperemos... ¡mi venganza!... me uniré con los enemigos de mi país para vengar á los verdugos de mi marido... ¡Ah! mi raza, que es la misma azteca, no debía haberse desunido de la que ha dado tantos héroes y ha sabido defenderse también de los infames extranjeros!... Ya iba yo á unirme en silencio con los aztecas, aparentando dulzura tierna y tranquila, llorando la muerte de mi bien amado, cuando llegaron tus vasallos ruines, me arrebataron y huyeron conmigo!... Ya te lo dije, príncipe *Tzintzicha*... ¡Jamás podría amarte! Ahora, ¡hay de tí!

.



Tales habían sido las palabras heroicas con que la hermosa doncella de *Tlaxcatlan* se había separado de su raptor *michoacano* ó *tarasco*, como más tarde les llamaron.

...Y mientras la bella prófuga, á la que la desesperación había dado inmenso valor y sublime fuerza para soportar toda clase de persecuciones huyendo sin descanso por las montañas y por las riberas de los lagos, escondiéndose de las gentes como una fiera perseguida por cazadores más fieros que ella, mientras la linda *Mariposa de Luz*, que ya no era sino una *corza de acero*, vagaba de aquí para allá, burlando constantemente á sus perseguidores.

¡Pero la pobre madre de la bravía y sublime doncella se dirige hacia la corte del rey de *Michoacan*!

—¿Qué va á hacer?— preguntaron.

—¡Va á realizar su castigo y su venganza!—respondí.

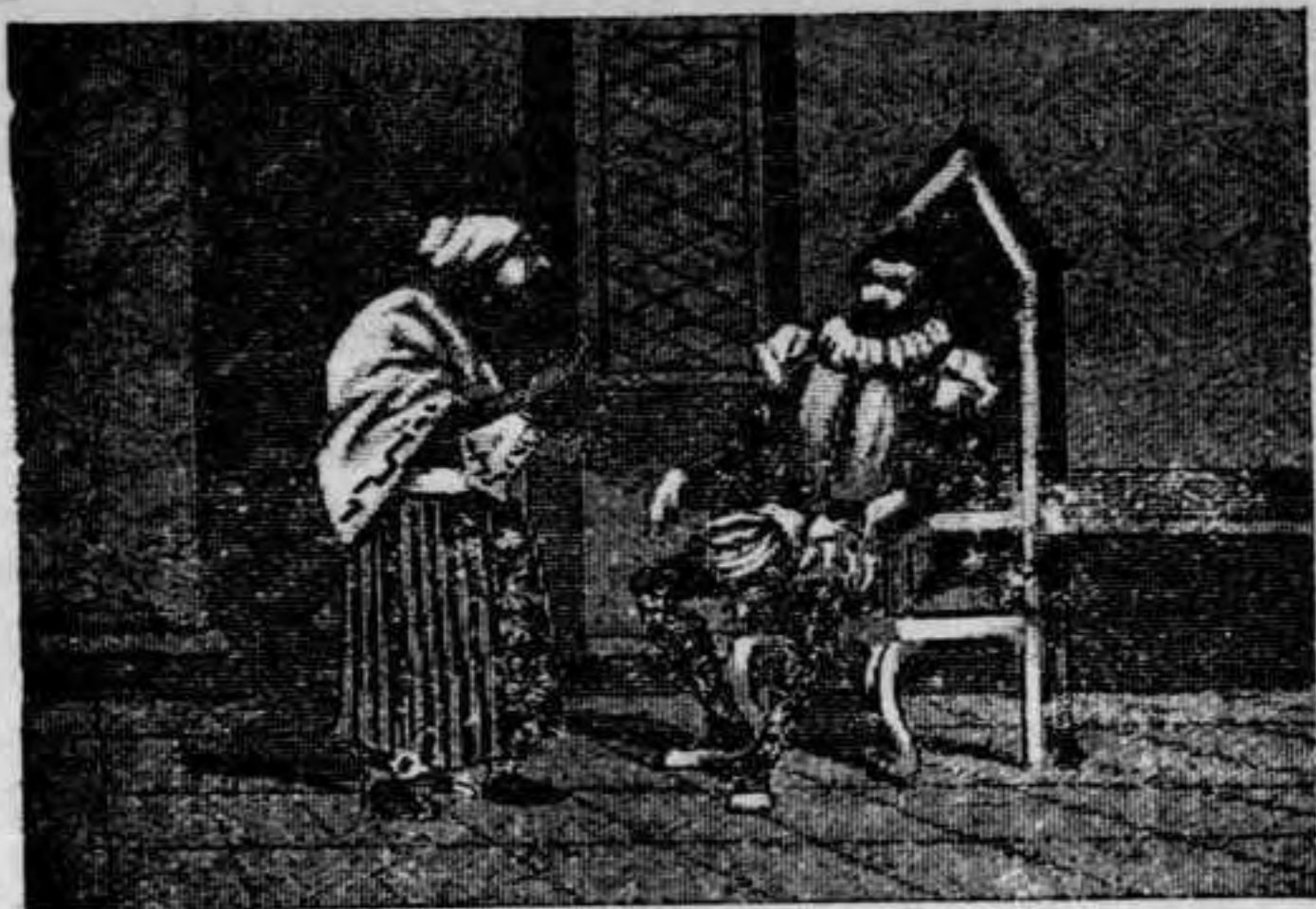
—¿Quién es el rey de Michoacan? ¡Es ahora aquel mismo Tzintzicha, aquel que fué orgulloso príncipe, y que como tal, arrebató á la anciana madre *tlaxcalteca*, su hija *Mariposa de Luz*.



La anciana habló antes con Hernán Cortés, prometiéndole llevar sólo y así encadenado al rey de los *tarascos*, á aquel mismo que se había negado á dar su alianza con los suyos á los aztecas cuando estaban amenazados por el asedio de las tropas de los españoles acompañadas por inmensas legiones de menguados traidores!... ¡El mismo vil monarca de Michoacan mandó matar á los que formaban la digna embajada del patriotismo de Cuanhtemoc, quien hacía un llamamiento á las naciones de su misma raza para que se unieran, resistiendo al enemigo de todas ellas!

.

La madre de *Mariposa de Luz* pensaba vengar á *Cuanhtemoc*, que se curaba de las quemaduras que el fuego había hecho en sus pies des-



pués del tormento por la averiguación de los malditos tesoros, y al mismo tiempo servir al vencedor capitán Cortés, llevándole al rey *Tzintzicha*, para que el caudillo lo humillara, haciendo

que le entregase de la manera más alrentosa su inmenso y riquísimo reino de *Michoacan*!

¡Ah!... ¡todo un reino que tiene ejércitos, pueblo, muchedumbres, artistas, riquezas y glorias; toda una patria ser entregada miserablemente por un rey asustadizo y tembloroso!... ¿Qué mayor venganza?

¡Ay! de ti, Rey de *Michoacan*, que arrebataste á mi lindísima hija...! Conociendo tu cobardía, te haré entregar el reino á tus enemigos, como por fin lo han hecho los nuestros y nuestro gobierno *Tlaxcalteca*!

Así gritaba la madre cuando partió en busca del rey de *Michoacan*...



¡Conque asombro recibió *Tzintzicha* la embajada misteriosa!... Se hablaron del poder de los

conquistadores; de *Tenochtitlán* destruida por ellos; de sus monstruos de hierro que vomitaban rayos; de sus feroces y ligerísimos venados, sobre los cuales vuelan los guerreros vestidos de hierro, con larguísimas lanzas... y de las maravillosísimas embarcaciones que deslizaban sin remos volando, volando, con surcas alas blanquísimas, disparando huracanes de muerte con estruendo infernal!

¡Ah! ¿y quién podría resistir semejantes avalanchas de ejércitos mágicos que enviaban los dioses á conquistar pueblos, á apoderarse de lo que era suyo?... ¿Quién podría resistir?...

¡El Imperio Mexicano había querido resistir y había sido hecho pedazos!...

¡Merecido castigo!...

¡El Anahuac era ya un montón de cenizas!...



El amedrentado rey, al escuchar aquellas espantables narraciones que le habían confirmado las estupendas palabras de miles de testigos, tembló... Una sed de curiosidad y espanto le hizo arrostrar la cólera de sus vasallos principales, cuando envió un inmenso cortejo de riquezas para Cortés, á quien creía el Enviado del Cielo...

¡El reino de Michoacan estaba ya perdido para siempre!

¡Su pobre rey se había entregado sin combatir á los avaros enemigos!...



Ah, ni una gota de sangre se derramaba en el reino del que los aztecas, que aun quedaban, llamarían para eterno escarnio: ¡*Caltzontzin!*...
¡Es decir: *Zapato viejo!*...

Ab! vil rey tarasco, que completo fué el castigo que logró al fin la joven tlaxcalteca *Mariposa de Luz!*

¡Allá en *Coyoacan*, en el palacio de Hernán Cortés, con que escarnio y algazara se recibió al vergonzante rey, mientras se aplaudía á la valiente vengadora y digna patriota...!

FIN